

El Músico II

Alvaro Garrido



Capítulo 1

Momentos antes de salir al escenario del concierto que cambiaría mi vida, nos encontrábamos solos mi trompeta y yo. Subiendo y bajando escalas, calentando el metal y los labios para enfriar la cabeza y templar los ánimos siempre alborotados por la presión del momento, donde miles de cabezas expectantes asomaban con vítores en un estertor que súbitamente aumentó cuando el sonido del bombo comenzó a sonar anunciando el arranque de la música. Sólo, sin más acompañamiento que el propio silencio entre golpe y golpe, como un corazón mecánico latiendo sistemático, pero con vida.

Refugiados bajo la oscuridad de la noche y el humo de los cañones tomamos posiciones. Invadió el aire entonces el sonido dulce y rítmico de la guitarra de Mikel, abriéndose así el camino de la canción donde yo y mi trompeta participaríamos por primera vez. Esperando el momento, mis ojos vidriosos se iluminaron ante las potentes luces de colores que apuntaban desde el cielo hacia nosotros, devolviendo los reflejos dorados de mi compañera a la multitud ahora sumida en una penumbra moteada con pequeñas puntos blancos y flashes de teléfonos anónimos inmortalizando vulgarmente el mágico momento.

Las palabras entonadas de Mikel saliendo de su boca a través del micro se hicieron canción. Al hacerse reconocibles, los más próximos se unían y coreaban estrofas con las manos en alto apuntando hacia arriba con un dedo y otros torpemente lo intentaban con medias palabras y galimatías, pero con el ímpetu del mejor fan.

Justo antes de que empujara el aire de mis pulmones a través de las enredadas cavidades metálicas de mi trompeta y su sonido nítido cristalizado se fundiera con el ritual de texturas musicales, comenzó el bajo a imprimir la misma nota una y otra vez. Rítmico y grave. Con una solidez y empaque profundo, solamente alcanzable por sus cuatro gruesas y férreas cuerdas.

Al unísono, unos largos dedos golpeaban con soltura, arriba y abajo, las teclas de un piano que acompañaba con redondez y delicados matices, acariciando y abriendo los oídos y el alma a los presentes.

Llegó el instante. El final de la estrofa supuso a modo de contestación la entrada de mi trompeta y yo. Los dos nos fundimos en las notas que ahora sobresalían por encima del resto. Mikel nos señaló asintiendo con la cabeza mientras miraba al público y este respondió con una cálida ovación. Quedamos inmersos en un diálogo de notas y voces. El tiempo se detuvo y la magia del momento hizo que pudiera parar por un segundo y observar la escena, saborear la gloria y el reconocimiento de lo realizado por uno mismo. Mirar a los miles de ojos apuntando hacia nosotros y

disfrutar del paisaje con fuegos de artificio esperando a la traca final.

Explosión de luz y color acompañaron las últimas notas cargando el aire de euforia y desplazando pensamientos hacia el rincón del olvido, dejando paso al simple disfrute de sentirse pleno y a la magia de los que no necesitan abrir los ojos para ver, ni consciencia para saber que esos grandes momentos son al fin y al cabo los únicos que suman.

Al fin, como si de un largo beso de amor se tratara, despegue los labios de mi fiel compañera embriagado por la intensidad de lo acontecido. Sosteniendo su cuerpo entre mis manos la observé y supe que nos quedaban muchos capítulos por escribir. Que solo sería el principio y que nuestra historia perduraría por siempre.